

EL VECINDARIO DE MI CORAZON

El día que nos trasladamos a la ciudad fue quizás el más feliz de mi vida. Habían sido 15 años viviendo en el campo con mi familia, sin más compañía que los animales de la granja de mi tío Amulfo, el silencio y aquel río, lugar de juego para mí y mis primos. La ciudad era algo que no podía imaginar y lo poco que sabía de ella era lo que me contaba mi padre cuando viajaba a comprar comida o aparejos de labranza. Todavía recuerdo la noticia de mi padre cuando nos anunció que le habían llamado de un trabajo en la ciudad y que nos trasladaríamos a vivir allí.

Nos pasamos semanas especulando cómo sería la vida allí y todas las cosas que íbamos a poder hacer. El que peor lo llevó fue mi hermano Tony que ya se había echado novia de un pueblo cercano, pero cuando se enteró de la cantidad de mujeres y bares que habría en la ciudad, no dudó en celebrarlo. Además ¡por fin podría tener una bicicleta! En la ciudad todos la tenían y era el sueño de su vida.

Así que empaquetamos todas nuestras pertenencias, que cabían en el pequeño carro de mi tío, y pusimos rumbo hacia el nuevo mundo. Tras horas de viaje llegamos a la ciudad. Pasamos por sus calles asfaltadas y abarrotadas de gente y bicicletas, mientras movíamos la cabeza de uno a otro lado para no perdernos nada ¡menudo espectáculo!

- Esa será nuestra casa – nos dijo mi padre señalando el piso más alto de un edificio de cinco plantas - .

Nunca imaginé vivir en un sitio desde donde se verían los tejados de las otras casas y al Sol salir entre los lejanos campos y ocultarse por el horizonte. Pero si algo me llamó la atención de mi nueva vida en la ciudad fueron los vecinos. Vivir rodeada de otra gente, escuchar sus conversaciones a través de las delgadas paredes, saber a qué hora se levantan, se acuestan o incluso cuándo hacen el amor, era una experiencia nueva para mí.

Poco a poco me fui acostumbrando a no gritar cuando me enfadaba, a subir y bajar escaleras todo el día y a vivir entre estructuras de hormigón y asfalto. Echaba de menos la vida al aire libre de antaño, el río y sobre todo el silencio de la Naturaleza y la libertad de la soledad. Estaba loca por volver... hasta que le vi a él. Era el nuevo vecino del 2º, tal y como se presentó él mismo cuando me ayudó a subir la bicicleta hasta mi casa.

Desde aquel día ya no me volví a quejar de las escaleras, deseaban que nunca se acabasen cuando las subíamos juntos. El ruido del vecindario dejó de molestarme, es más, intentaba afinar mi oído a ver si podía escuchar algo que procediese del 2º piso. A los pocos meses empecé a contemplar los anocheceres desde su balcón, no se podía ver tanto como desde el 5º pero a su lado todo era más hermoso. Me olvidé del río, del canto de los pájaros y del frescor de la hierba por la mañana, ahora mi paraíso era aquel 2º piso donde pasé de niña a mujer. Ir a la ciudad era lo mejor que me había pasado.

O eso creí durante muchos años, hasta el día que él se fue. Más que irse, se lo llevaron. Una enfermedad terminal llegó sin su permiso y apenas tuvo tiempo de despedirse de su vida.

Tras aquello, abandoné el vecindario y la ciudad. Volví al campo de mi niñez, a mi río, a mi silencio, a mis noches claras llenas de soledad. Aprendí que la vida es una bonita aventura que merece la pena vivirse, de disfrutar de los buenos momentos, sea en el campo, en la ciudad o donde sea. Lo único verdaderamente importante es estar donde reside tu corazón.

Pedro Alonso